



Miles de personas se han congregado en Hiroshima ante el Monumento de la Paz, con motivo del 28 aniversario de la bomba atómica norteamericana.

hace poco en Vietnam del Norte. Al acabar la guerra, cuando el Japón tenía aún dos millones de soldados y 9.000 aviones de combate, se evitaba la sangría. No se aclaró nunca que, aun con ese formidable ejército, Japón estaba vencido, encerrado en sus islas, con sus aliados europeos destruidos, con su capital machacada, y había pedido la paz. Insistentemente. Incluso por mediación de Stalin, que no tuvo tiempo de intervenir, sino declarar la guerra para poder figurar también entre los vencedores del Japón.

Los habitantes de Hiroshima, los de Nagasaki —tres días después, el 9 de agosto; ese retraso le ha hecho perder el tren del mito, y como no es la primera ciudad atomizada del mundo, no tiene apenas ceremonias ni turistas— no tenían nada que ver, naturalmente, con la cuestión amplia del reparto del mundo, la atomización de la URSS, el ensayo en vivo de la bomba. No tenían más relación que la que puedan tener los pasajeros de un avión secuestrado con los problemas de los secuestradores. Sin embargo, este acto del secuestro se llama terrorismo, y los Estados Unidos lo persiguen y las gentes se horrorizan, y la atomización de las indefensas Hiroshima

y Nagasaki se consideran actos de Truman para evitar la continuación de la guerra por la salvación de vidas humanas y como gran política que ha permitido la expansión del imperio americano.

El hecho es que la guerra acabó inmediatamente. Hitler había muerto —por suicidio— poco más de tres meses antes —el 30 de abril— en su bunker de la Cancillería; la rendición de Alemania se hizo el 9 de mayo. En Italia, Mussolini había sido muerto el 8 de abril. Y Japón se rendiría oficialmente el 14 de agosto, y el 8 de septiembre entraría triunfalmente en Tokio el general Douglas Mac Arthur. El mismo que más tarde propondría que se arrojase la bomba atómica sobre China para terminar la guerra de Corea. Pero Truman ya no le escuchó. El mundo estaba organizado de otra manera. Y la Unión Soviética podría responder contra los Estados Unidos.

Las bombas de Hiroshima y Nagasaki fueron las últimas grandes matanzas de la II Guerra Mundial. A partir de ellas, el mundo quedaba en paz. Y los Estados Unidos y sus aliados podrían entregarse a la tarea de preparar el gran tribunal de crímenes de guerra de Nuremberg, para castigar a los alemanes.

Los Contem pora neos

TALASOCRACIA

Todo, dicen, empezó en el mar. Todo puede terminar en el mar. Hace unos millones de años, unas larvas insensatas, completamente equivocadas, comenzaron a salir hacia la orilla, a evolucionar para la vida anfibia.

Este es el resultado. Dicen que en el hombre está continuamente presente la nostalgia de la vida subacuática. El líquido amniótico en el que se engendra y empieza su desarrollo, y vive hasta que nace "rompiendo aguas", tiene la misma composición del agua del mar. Sandor Ferenczi dice que la gestación del hombre es una repetición completa, en un ciclo de nueve meses, de la evolución, que duró en un principio varios millones de años. Sandor Ferenczi fue un discípulo de Freud y escribió todo un largo libro —Thalassa— para explicar la presencia continua de aquel paraíso perdido en el inconsciente del hombre.

Me temo que la involución ha comenzado ya. Es el camino de regreso. Aquéllas comenzaron a asomar, digamos, por Alicante. Progresaron hasta Madrid. Ahora vuelven. Los automóviles llegan ya hasta la fina arena de las playas. El hombre desciende y orienta su pálida panza de burócrata hacia la inmensidad talásica. Camina con pies atrofiados y brazos colgantes, patas zambas y mirada de perdido estupor. Tiene un balanceo simiesco. Insensiblemente, toma las actitudes de sus antepasados. A veces hace muecas a su compañera, se agacha para recoger una valva de molusco, monta alguna de sus crías a la espalda, y lanzando pequeños alaridos de placer y al mismo tiempo de cómico susto, se mete en las aguas pausadas y aburridas. El hombre a la orilla del mar es un monumento a la gloria de Darwin.

El fenómeno es muy reciente. Al recorrer cualquier costa se ve que pueblos y ciudades estaban construidos a cierta distancia del mar y de espaldas a él. Era el camino de ida. Son los pueblos nuevos los que se construyen al borde del agua. Es el camino de regreso. Los aldeanos miran todavía con desconfianza —aunque ella no refrene su codicia— este

fenómeno del hombre que viene del interior en oleadas veraniegas y luego se repliega. Cada año, la oleada es mayor y el repliegue más tardío. No entienden nada. Pero pasa.

Veo al burgués que avanza ha-

cia el mar, y ahora no me parece que sus andares sean los del simio, sino los del palmípedo. Pienso que pueden crecerle membranas entre los dedos; que quizá en una de las mudas de piel, un día, comenzarán a brotarle escamas; que quizá ya en su inmenso vientre estén desarrollándose unas vejigas natatorias. Un día empezará a estar más tiempo en el agua que en la superficie; otro día, una familia de primates descenderá de su coche, y sin una mirada atrás, entrará lentamente en el mar para no volver nunca más.

¿Cuándo llegará ese día? Quizá tarde un par de millones de años. Quizá se esté anunciando para entonces una democratización de la vida española, una renovación paulatina de sus instituciones, que pueda llevar al hombre hacia la libertad sin que caiga en el libertinaje, y a un cierto respiro de costumbres sin propasarse por el camino del caos ni por el de la anarquía. Quizá entonces se haya avanzado algo en el perfeccionamiento de los mecanismos sociales, que ya está en estudio, y vayan a dar frutos ubérrimos las relaciones entre el Consejo Nacional y el Gobierno.

Una pena. El español, como siempre, habrá elegido el momento más inoportuno. Ya la primera familia se habrá introducido para siempre en las aguas del mar, y la seguirán otras, y otras. Habrá, quizá, algunos millones de personas que se adelanten a su involución y queden muertas, flotando boca abajo. Pero no importa. Otros millones habrán comenzado su vida subacuática. Habrán empezado a crear una talasocracia, con sus leyes orgánicas, sus principios, su institucionalización. Porque es de suponer que alguien les haya precedido para evitar que en el fondo del mar cunda el libertinaje, el caos y la anarquía.

POZUELO